



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 14 DE ENERO DE 2024

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

Cartelera de batallas

INTRÉPIDOS HÉROES ANÓNIMOS

OLGA DE LEÓN G.

Íbamos por la carretera rumbo al norte, sin propósito de llegar a alguna parte. Mi padre había llegado a casa pasadas las cinco y treinta de la tarde. Era domingo y siempre solíamos cruzar la frontera para comer y pasear. Nos llevaban antes del mediodía y luego caminábamos para ver aparadores e ir planeando algunas compras entre semana. Después volvíamos al auto y papá manejaba por alguna carretera, sin rumbo específico. Ya al anochecer, regresábamos a casa. Por eso, porque papá había regresado hasta en la tarde, mamá estaba enojada.

De todas formas, saldríamos a merendar o comprar nieve y oír música en el café merendero de siempre, donde nos gustaba ir, porque escogíamos la música que quisiéramos y algunas piezas que nos pedían papá y mamá para escucharlas en la rocola. O paseábamos por el centro de la ciudad y luego, otra vez a la carretera... Hasta que algunos de los más pequeños les daba sueño y se iban quedando dormidos; yo nunca me dormía en el coche.

Pero, contaban mis padres que de bebé sí solían sacarnos a los dos hermanitos que entonces formábamos el total de la familia, a pasear en el coche para que yo me pudiera dormir, de meses hasta los tres años o poco más hicieron eso. Mi hermanito a veces ya estaba dormido para cuando salían a dormirme a mí.

"Las hojas muertas", "Morenita mía", entre otras piezas, eran las que nunca faltaban en la selección que mis padres hacían para escucharlas. Más de sesenta y cinco años después, no puedo dejar de disfrutar oír las con la mirada encendida de amor y los ojos un poco húmedos: son recuerdos imborrables que comparto con algunos de los hermanos que también siguieron con esa tradición de nuestros padres, de cuando vivimos en Reynosa, Tamaulipas.

Solo vivimos en esa ciudad fronteriza ocho o nueve años y, no obstante, las vivencias de entonces se metieron hasta lo más hondo de nuestros tiernos corazones y maravillosa memoria. Como no hacerlo, si allí terminamos la primaria, e hicimos, mi hermanito, uno o dos años de secundaria (no recuerdo bien), y yo los tres. Etapa importante en la formación de los jovencitos. De ahí, iríamos a Monterrey, para que yo ingresara a Preparatoria y no tuviese luego problema para inscribirme en la facultad que eligiera dentro de la Universidad Autónoma de Nuevo León.

Volver la mirada a la infancia primera, antes de los nueve años, cuando los hermanos ya éramos cinco y todavía vivíamos en Matamoros, Tamaulipas, trajo a mi memoria algunos hechos que se convertirían en anécdotas aleccionadoras de profundo raigambre en nuestras conductas de jóvenes y adultos.

Como cuando ya dentro del coche, nuestro padre nos vio por el retrovisor y nos preguntó: ¿de dónde sacaron esos chicles? ...mamá, quien ya había volteado hacia nosotros, añadió: y, ¿los dulces? (que tratábamos -sin resultado- esconder entre las manos). Entonces, papá recordó que nos le perdimos de vista cuando estaba pagando la cuenta y mamá esperando



las estampillas que le darían por su compra, (para ella ir completando de llenar su cartilla; ya le faltaba poco para ganarse la vajilla que tanto quería). No se preocupó, ya que el auto estaba estacionado a la salida del Kress, seguramente allí nos iríamos.

Y en efecto, solos esperábamos que abriera las puertas para sentarnos atrás. Con cierto regocijo nos miramos y sacamos sendos chicles que pusimos en nuestra boca y felices por la hazaña realizada, disfrutamos de esos chicles que les robamos a los gringos, en venganza por su hurto: ¡Texas fue nuestra!, unos dulces y chicles, no eran nada a cambio de eso. Papá repasó las vivencias del momento y sacó conclusiones:

Para nuestra sorpresa, no nos regañó, solo dijo: tomen este billete y regresen a decirle a la persona de la caja que se le olvidó pagar por lo que traen en sus manos. Sentimos tanta vergüenza, que nunca más hicimos algo igual o semejante.

Pero, eso no evitó que nos quedáramos por un par de años con el resabio de la venganza no cobrada: los gringos se merecían eso y más... Así que, a pesar de que seguramente nadie más lo sabía: Mi hermanito y yo seríamos por siempre, ¡Intrépidos héroes nacionales y anónimos!

LA INMORTAL ESPERANZA

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Ese día era un sótano helado: la Antártida de Urano; pero, el horno de Venus en verano. Al desempacar los libros de sus cajas, los libreros y decenas

de discos compactos de música, encontramos que debajo de la puerta trasera, junto al jardín, había tres tipos de bichos raros, midiendo cinco centímetros de largo, abriéndose paso. Los pudimos clasificar en tres tipos: horribles, horripilantes y horrorosos. Tom, al verlos, nos dijo: "Vamos, chicos, es el último año, para que no olviden cuánto les costó este doctorado". Nos mudamos a ese sótano cuando me quedé sin becas y tuvimos que dejar el departamento en Prescott St., en pleno Harvard Square, porque las becas cumplieron sus plazos.

Ese último año los viviríamos a veinte minutos, en bus, de la universidad. Muy pronto quisimos recordar nuestros años de ocio en Harvard Square y volvimos un sábado, dedicados por completo a dar un paseo por las calles. Descendimos del autobús antes de llegar al puesto donde se vendían periódicos de todo el mundo: Out of Town News, se llamaba el negocio. Caminamos por Massachusetts Avenue y entramos a una tienda de muebles y artículos de cocina: Crate & Barrel, que también ha cerrado ya. Pajareábamos en busca de algún vaso, un plato o incluso una cuchara; algo que estuviere dentro de nuestro presupuesto. Encontré un libro de pasta dura, hoja brillante y lascivo en fotografías a colores, con fórmulas para más de doscientas recetas de coctelería de alto calibre. Dos tragos de aquellas fórmulas podían emborrachar al no profesional. Lo comprobamos el primer día de experimentación. Llegamos tambaleándonos a la cama y despertamos con una cruda

mortal.

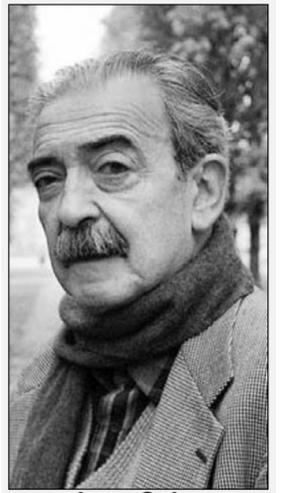
No sabíamos curar la resaca: por ejemplo, en un bote limpio de plástico, (de esos que se consiguen comprando un litro de helado), se puede colocar agua simple, luego verter una cucharada de sal de grano y exprimir uno, o tal vez dos limones completos. Fórmula que llegaría a mi bagaje de conocimientos veinte años después, (Delaira y yo nos habíamos divorciado ya y yo era un profesional del alcohol sin vicio: podía dejarlo al instante, por el tiempo que fuera, -así se trataba de años-, cuando Dios lo ordenaba).

Una de esas noches en que explorábamos la coctelería del dicho libro, preparamos una bebida con brandy, limón y sepa Dios qué tantos otros licores combinados. ¡El Sagrado y sus bebidas con brandy!

Escuchábamos música del disco Guilty de Barbra Streisand. Un CD cuya portada conocía desde mi infancia, siendo entonces un LP que se tocaba en el tocadiscos de mis padres, en noches en las que ellos preparaban su propia coctelería y su par de hijos habíamos ido a dormir. Delaira, conmigo en Brighton y escuchando la música del CD saliendo de las bocinas del minicomponente que teníamos, agarró entre sus manos un arreglo de madera que simulaba un bastón, como micrófono. Cantaba sin parar (y sin alcanzar los agudos de la Streisand). Cuando de pronto, en su rostro, se asomó una desagradable sorpresa: ¡Alguien se había terminado su bebida! ¡Y me estaba culpando a mí! Era cierto que éramos los únicos en ese sótano, pero yo no me reconocía como autor de semejante crimen. ¡Debía haberla bebido ella sin darse cuenta! Tuvimos que caminar un kilómetro, sobre la nieve, a las once de la noche, abriendo paso con las botas, para llegar a la licorería y comprar otra botella de brandy.

Milagrosamente logramos caminar el kilómetro de regreso, introducir la llave en la cerradura, descender los quince escalones de las escaleras y preparar otros dos tragos; uno para cada uno. Delaira tomó de nuevo su micrófono de madera, oprimió el botón de "play" y la música volvió a sonar.

En ese sótano alfombrado, de paredes sin ventanas, con un par de pósteres que habíamos comprado como consuelo para tener vistas al mar y soñar que un día estaríamos efectivamente frente a una playa, (pero en ese momento rodeados por libreros cuyas repisas se pandeaban por lo pesado de los volúmenes que cargaban), a ratos sentados sobre el sillón grandísimo, color guinda y de cuadros, (el cual habíamos recogido de la basura), comiendo aceitunas y más tarde durmiendo en el cuarto de al lado: sobre un futón tamaño matrimonial que yo había comprado cinco años atrás; en esa pobreza de sesenta dólares semanales, sin nada que hacer más que emborracharnos el fin de semana, luego de una semana de escribir una tesis doctoral que nadie conocería, que básicamente no sería publicada; tuvimos Delaira y yo, memorables recuerdos que jamás olvidaríamos en esta vida. Viviendo con esperanza: la cual, comprobaríamos: siempre es la última en morir.



Juan Gelman

Juan Gelman Burichson (Buenos Aires, 3 de mayo de 1930 - México DF, 14 de enero de 2014). Poeta, traductor y periodista argentino, está considerado como el poeta más importante de su generación.

Hijo de emigrantes judíos ucranios, ejerció diversos oficios antes de dedicarse al periodismo. Por su actividad periodística y política vivió en el exilio entre 1975 y 1988, residiendo alternativamente en Roma, Madrid, Managua, París, Nueva York y México. Durante su ausencia de Argentina llega a estar condenado a muerte por la dictadura argentina; sufre muy de cerca el drama de los "desaparecidos" cuando su hijo y su nuera pasan a formar parte de esta dolorosa lista.

En su juventud colabora en el periódico Rojo y negro. Es uno de los fundadores del grupo de poetas "El pan duro" y es también secretario de redacción de Crisis, director del suplemento cultural de La Opinión y jefe de redacción de Noticias. También ejerce como traductor en la UNESCO. Desde 2007 colabora con el periódico de Buenos Aires, Página 1/2.

Poeta adscrito al realismo crítico, consigue un estilo particular partiendo de un realismo crítico y del intimismo. Son constantes en su poesía la presencia de la cotidianidad, el tono político, la denuncia y la indignación ante la injusticia.

De su producción poética conviene destacar Violín y otras cuestiones, El juego en que andamos, Velorio del solo, Gotán, Sefiní o Cólera Buey, así como Los poemas de Sidney West, Traducciones, Fábulas, Relaciones, Hechos y relaciones o Si tan dulcemente. Escribe Exilio en colaboración con el periodista argentino Osvaldo Bayer; otras de sus obras son Citas y comentarios, Hacia el sur, Composiciones, Carta a mi madre y País que fue será.

La antología Pesar todo es galardonada con el premio de poesía José Lezama Lima, que concede la Casa de las Américas cubana. En 2005 publica una nueva antología, Oficio ardiente, que reúne poemas publicados a lo largo de casi cincuenta años y algunos otros inéditos.

En el ámbito musical escribe dos óperas, La trampera general y La bicicleta de la muerte, dos cantatas, El gallo cantor y Suertes, y varios LP.

A lo largo de su vida recibe numerosos galardones, entre los que destacan el Premio Nacional de Poesía en 1997 y el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana en 2005; además tiene el título de ciudadano ilustre de la ciudad de Buenos Aires.

En 2007 obtiene el Premio Cervantes, considerado el galardón más importante de las letras hispánicas, y dos años después la Asociación de Poetas Chinos le otorga el Premio Antilope Tibetano. El 14 de enero de 2014 muere rodeado de su familia en su domicilio de la capital mexicana, donde residía desde 1988.

El escritor Juan Gelman, premio Cervantes 2007, depositó en la Caja de las Letras del Instituto Cervantes un legado que permanecerá guardado hasta el 3 de mayo del 2050. Es una de las personalidades que deja un objeto personal en la antigua cámara acorazada de la sede central del Instituto.

ad pèdem literae

La fe se refiere a cosas que no se ven, y la esperanza, a cosas que no están al alcance de la mano

Santo Tomás de Aquino

Letras de buen humor

La felicidad no es más que buena salud y mala memoria

Albert Schweitzer

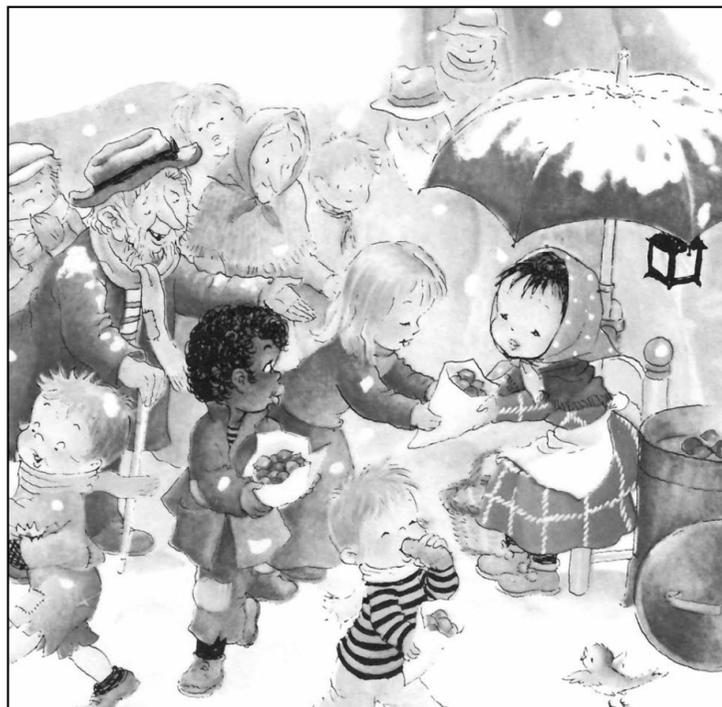
Mónica Lavín

La Castañera

Me lo topé en una papelería boutique de Madrid. Esos lugares donde venden papeles para cartas preciosos, plumas para tinta, tarjetas de felicitación de diseños muy sofisticados. Un sitio placentero, donde siempre acabo comprándome una libreta. Era el cuento de Mariuca la castañera. No sé si ustedes recuerden la colección o sea parte de su experiencia en la infancia: unos cuentos de portada de cartón muy delgados, suajados con la figura del personaje del cual trataba la historia. No los había vuelto a ver, y parte del regocijo de aquellos cuentos es el objeto adosado a la portada que tenía que ver con el personaje. El que yo recordaba tenía un soplador para el anafre donde la niña del cuento calentaba las castañas y las vendía en las esquinas de las calles. Me emocioné como si hubiera un llamado antiguo, un recordatorio de una forma de la felicidad. Y la felicidad tenía que ver con ese cuento y mi abuela. No tengo manera ya de saber si ella me lo regaló o si los vendían en México. Ahora que lo he escudriñado sé que el autor del texto e ilustrador es Juan Ferrándiz, catalán que fue famoso en su tiempo por las postales y por estos cuentos infantiles de alguna manera edificantes. Aunque detesto esa palabra por su pretensión moral, es verdad que edificaron en mí anudado a la relación entrañable con mi abuela con el Madrid del que salió en la guerra civil. Al

leerlo, mi abuela me explicaba cómo eran las Navidades y ponía especial énfasis en el olor de las castañas asadas. Eso no es una experiencia de la ciudad mexicana, así es que mientras me leía aquel cuento y añadía sus propias memorias, yo cerraba los ojos para acompañarla en su añoranza. Castañas tibias en un cucurucho de papel que había que descascarar y después colocar en la boca para que su dulce blandura caldeara el ánimo invernal.

Cuando vi el cuento ni siquiera recordaba que se llamaba Mariuca la niña bondadosa que tiene que trabajar y que regala castañas a los menesterosos, en realidad pensaba en mi abuela. En cómo una abuela que muere a tus 12 años puede tejer un vínculo con una ciudad que uno no conoce hasta después. Una ciudad que dejó mi madre a los cinco años y de la que contaba que cuando fue por primera vez a Europa y el piloto anunció que estaban volando ya sobre España se echó a llorar. Pero yo no me compré el cuento para llorar, sino con la alegría de sentir que tocaba un pedazo mío, el origen del amor por una ciudad que es una construcción de palabras y memorias hasta que te topas por primera vez con la fuente de la Cibeles bajo ese cielo azul. La nueva edición de Mariuca la castañera no tiene soplador de paja, sino una pequeña servilleta a cuadros



rojo y blanco para envolver las castañas de mi emoción. Lo que es de celebrar es que a alguien le ha preocupado la huella de las lecturas infantiles habiendo hoy libros tan atractivos. Quizás se reconoce en aquellos placeres no nada más la nostalgia de los lectores adultos, sino que los niños vuelvan a gozar el libro sobre oficios de una época y con el objeto que los

extiende fuera de las páginas.

La próxima vez que entre a España, con el privilegio de tener una doble nacionalidad derivado de un asunto desafortunado como fue el exilio, llevaré como pasaporte el cuento de Mariuca la castañera.

Ahí está la prueba que me ata a la tierra de mis abuelos.